GABRIEL ZAID

LÓPEZ VELARDE ATENEÍSTA

POR SU EDAD, POR SU TALENTO, POR SUS PREOCUPACIONES, López Velarde debió estar en el Ateneo de la Juventud, pero no estuvo. En primer lugar, porque no vivía en México. El grupo se forma en la revista *Savia Moderna* (1906), arma un escándalo contra la segunda *Revista Azul* (1907), crea la Sociedad de Conferencias (1907), arma otro escándalo en memoria de Gabino Barreda (1908), constituye formalmente el Ateneo de la Juventud (1909), lo transforma en el Ateneo de México (1912), funda la Universidad Popular (1912) y empieza a disolverse con el cuartelazo de Huerta (1913). Unos se suman a la insurrección, otros se van del país, muchos colaboran con Huerta o simplemente callan y se dedican a lo suyo, como antes con Díaz: como un mal que no depende de ellos, y que es mejor atenuar, trabajando por la cultura. Por esos años, López Velarde estaba en Aguascalientes (1902 a 1907) y San Luis (1908 a 1911, 1913).

Se fue a vivir a México por la presidencia de Madero (y su estancia dura lo mismo: de fines de 1911 a principios de 1913), como militante de una revolución política, religiosa y cultural que tuvo su apogeo y despedida en 1912: el Partido Católico Nacional, que postuló a Madero para la presidencia y ganó también diputaciones y gubernaturas. Luego, en 1914, volvió con sus tíos, su madre y sus hermanos, como miembro de una familia de tantas que emigran a la capital, buscando refugio; como militante derrotado que llega a incorporarse a un medio extraño. Los ateneístas que encuentra lo reciben favorablemente. No sucede lo mismo con dos que se habían ido, y que no llega a conocer: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

López Velarde y los ateneístas tuvieron posiciones convergentes contra la cultura anquilosada (la falta de rigor en el oficio literario, el desprecio de las humanidades y la cultura clásica, el aguachirle del positivismo, la momificación del régimen), pero surgieron de medios muy distintos: la vanguardia renovadora de la cultura católica en la provincia, la vanguardia renovadora del *Establishment* en la capital.

En los últimos años del porfiriato, López Velarde y otros poetas católicos que formaron un grupo en Aguascalientes en torno a Eduardo Correa estaban en oposición abierta a la cultura oficial, y en oposición disimulada al clero inculto o conciliador con la dictadura; pero no estaban (ni podían estar) en contra de las enseñanzas de la Iglesia, sino en una posición vanguardista, apoyada por el clero inspirado en León XIII. A su vez, los futuros ateneístas se oponían disimuladamente a los jerarcas del positivismo, pero no estaban (ni podían estar) en oposición abierta al *Establishment* porfiriano, sino en una posición vanguardista, apoyada con discreción por el ministro de instrucción pública (Justo Sierra). Querían desplazar a las momias en el poder, para hacerlo mejor: como nadie y como nunca. Por lo mismo, reservaban su oposición abierta a los fantasmas útiles para lucirse, como la inesperada resurrección de la *Revista Azul*, que les cayó del cielo: les permitió hacer un escándalo contra la momiza inocua, que no podían hacer contra la momiza oficial.

El episodio ha sido relatado muchas veces, pero siempre desde el punto de vista de los vencedores. Debo a Miguel Capistrán la observación de que los católicos salieron en defensa de los derrotados. Con esa pista, descubrí que el otro escándalo (sobre Barreda) fue especialmente contra los católicos. No tanto porque lo fueran, sino porque estaba de por medio la sucesión en el *Establishment*: tener el mismo enemigo que los católicos (las momias del positivismo) resultaba embarazoso. Había que plantar la bandera de únicos herederos legítimos, sin dejar lugar a dudas de quiénes debían encabezar la renovación cultural. Lo dijo Alfonso Reyes con toda claridad en *Pasado inmediato*: "No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos." (*Obras completas* XII 208).

1. ENTRE *AZUL* Y BUENAS NOCHES

Manuel Gutiérrez Nájera (1859 - 1895) escribió una crónica dominguera en *El Partido Liberal* (1885 - 1896) desde los primeros números. Llegó a ser el jefe de redacción del diario y luego el editor de la *Revista Azul* (1894 - 1896), publicación dominical del mismo periódico, que sustituyó sus ediciones del domingo y el lunes. Murió antes de un año (a los 35), pero, en el medio centenar de números que dejó, llevó la inteligencia editorial a un nivel desconocido en México: igualó y superó *El Renacimiento* (1869) de Ignacio M. Altamirano. (Hay edición facsimilar de ambas revistas, todavía muy amenas, en la UNAM). La *Revista Azul* influyó en todo el mundo de habla española como animadora del modernismo, y se abrió a la influencia de todo el mundo: dos de cada tres colaboradores eran extranjeros, principalmente hispanoamericanos y franceses (me baso en los recuentos de Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez, *Índice de la* Revista Azul *(1894 - 1896)*, UNAM, 1968, pp. 107 - 134).

Cuando murió Gutiérrez Nájera, Carlos Díaz Dufoo, que era el codirector de la *Revista Azul*, continuó hasta que *El Partido Liberal* tuvo que cerrar, porque Porfirio Díaz le quitó los subsidios (como a toda la pequeña prensa), para concentrarlos en *El Imparcial* (1896 - 1914), primer ejemplo mexicano

de la gran prensa industrial, que puso en marcha Rafael Reyes Spíndola (1860 - 1922). (María del Carmen Ruiz Castañeda, "La prensa durante el porfiriato", en *El periodismo en México. 450 años de historia*, investigación dirigida por Salvador Novo, UNAM, 2a. ed., 1980, p. 243).

El precursor de Reyes Spíndola, no en la escala industrial, ni en el éxito económico, sino en el tipo de textos publicados: en buscar ante todo la noticia llamativa para el gran público, fue Manuel Caballero (1849 - 1926), que audazmente se convirtió en el primer reportero de México. Antes de él, toda la prensa, más que noticiosa, era doctrinal, sermoneadora, editorialista. Caballero creó el personaje que acude al lugar de los hechos y lleva al público un testimonio sensacional, donde él mismo figura como protagonista o en un papel estelar.

> Si ahora no se niega lugar en un banquete a un reportero, si los personajes lo cortejan, si el público lo lee con interés, se debe a Caballero, que fue quien hizo respetar la profesión y admitir esa especial literatura. Si el periodista pasó de sacerdote, de juez inapelable, sochantre que engolaba la voz para decir oráculos; y es un hombre que escribe clara, modesta y llanamente, se debe a Caballero, que ennobleció la profesión. Si Reyes Spíndola encontró el camino [...] se debe a Caballero, que pensó, antes que nadie, en este periodismo nuevo [...] contribuyó hasta para lograr que se estableciera la libertad de la prensa, que quizá algún día se alcance, porque por ella sufrió prisiones, golpes, injurias, denuestos y desprecios. (Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, Porrúa, Col. Sepan Cuántos, 1985, p. 219).

A los treinta años, Caballero fundó *El Noticioso*, donde colaboró Manuel Gutiérrez Nájera, del cual también fue compañero en *El Partido Liberal*, como corresponsal en los Estados Unidos. A los cuarenta, se fue a Guadalajara, con el general y gobernador Ramón Corona

> como periodista áulico y fundó *El Mercurio Occidental*, en que publicaba las cosas más graciosas, sensacionales, escalofriantes, tristes y alegres que allá se han dicho. Su información sobre el asesinato del excelente y malaventurado gobernador, hizo subir su periódico, de manera descomunal, para provincias. Y uno de los arbitrios que discurrió fue divertido: hizo que un muchacho que daba vuelta a la rueda de la prensa pusiera la mano empapada en tinta roja en todos los ejemplares que salían a la calle.[...] Era rumboso, como aquel personaje novelesco que después de dar el oro que llevaba en el monedero arrojaba la calderilla y concluía desnudándose sin temor a la nieve ni las pulmonías [...] se hacía querer de redactores, impresores, repartidores y demás gente que trabajaba para él [...] sus innúmeras empresas, le dieron apenas para vivir. Parecía un personaje balzaciano, parecía el mismo Balzac, por su amor a los negocios y por su mala estrella para conducirlos y llevarlos a término. (Salado, pp. 219, 220).

Uno de sus desastres balzacianos fue la ocurrencia de resucitar la *Revista Azul*, donde Gutiérrez Nájera lo había celebrado (19 VIII 94) como "Mi buen amigo Manuel Caballero", "noble príncipe amante de lo bello" y generoso editor del *Almanaque Mexicano de Artes y Letras*; y donde luego publicó poesía (30 IX 94, 5 I 96). Procedió derechamente: pidiéndole permiso a Carlos Díaz Dufoo, que se lo dio con entusiasmo. Fue a principios de 1907, y quizá por inspiración de un proyecto afín: la revista *Savia Moderna*, que el joven Alfonso Cravioto (1884 - 1955) había fundado y abandonado en 1906.

Su padre, Rafael Cravioto (1829 - 1903), heredó el cacicazgo de Huauchinango y lo hizo prosperar, gracias a que tomó las armas como aliado de Juárez. Su cacicazgo y su fortuna crecieron con Porfirio Díaz, que prácticamente le entregó el recientemente creado (1869) estado de Hidalgo, hasta que se volvió tan fuerte que, en su cuarto período como gobernador, lo destituyó. Alfonso fue uno de los últimos hijos del general Cravioto. Hizo carrera como revolucionario, escritor, legislador y diplomático. A los 16 años, destronado su padre, se convierte en líder estudiantil contra el nuevo gobernador. Luego pasa a la oposición contra Díaz, al lado de los Flores Magón. En ambos casos, sufre represiones y cárceles, después de hacer discursos, manifestaciones y publicaciones: dirige El *Desfanatizador*, trabaja a tiempo completo en *El Hijo del Ahuizote*. A los 19 años, muerto su padre, hereda una fortuna y, en vez de acompañar a los Flores Magón a preparar la lucha armada en los Estados Unidos, opta por la acción cultural. (Miguel Ángel Granados Chapa, *Alfonso Cravioto. Un liberal hidalguense*, Océano, 1984, pp. 9 - 84).

Ese año de 1903, la *Revista Moderna* (1898 - 1903), que ocupó el lugar de la *Revista Azul* (1894 - 1896) y se prolonga en la *Revista Moderna de México* (1903 - 1911), cierra. Tres años después, el joven líder estudiantil, golpeado por seis meses de cárcel, sacudido por la muerte de su padre, dudoso de imitar su vida en armas, con una apertura, conciliación y liderazgo que recuerdan a Ignacio Altamirano (y con la riqueza que éste nunca tuvo), decide que prolongar la *Revista Moderna* no es tan bueno como reemplazarla con savia nueva. Así funda *Savia Moderna* (1906), que es como una *Revista Moderna Jr.*: "No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*" (Reyes, *Obras completas* XII 202). La imitación llega hasta la fisonomía gráfica. El primer número abre con un poema a Juárez de Manuel Gutiérrez Nájera, el fundador de *Azul* (y también el editor profesional, en medio de la bohemia literaria; el dandi esperanzado, en medio del decadentismo; el católico abierto al pluralismo liberal).

Pero no era realmente la prolongación (que está en la *Revista Moderna de México*) sino el relevo de los jóvenes que heredaban. Alfonso Cravioto seguía de líder estudiantil, encabezaba una generación aspirante a tomar el *Establishment*. Un júnior con talento, con dinero, con experiencia como líder y con notable capacidad de convocatoria reúne a toda la juventud talentosa de la capital, sin distinción de credos ni tendencias. En "cuanto Cravioto sabía de algún joven ignorado que empezaba a destacar, no descansaba sino hasta dar con él e introducirlo al cenáculo" (Jesús Villalpando, citado por Granados Chapa, p. 61). Así llegaron Diego Rivera, Antonio Caso Jr. y otros juniores como el mismo Cravioto: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Así se fue reuniendo el futuro Ateneo de la Juventud. Pero Cravioto era tan joven y tan júnior, que a los pocos meses se casa, deja todo tirado y se va un año a Europa de viaje de bodas. Otro júnior de su misma edad, recién llegado a México, sin dinero, pero con una poderosa voluntad de influir, se vuelve el alma del grupo: Pedro Henríquez Ureña.

Savia Moderna pudo ser la revista que el Ateneo no tuvo, como lo ha señalado José Luis Martínez. Extrañamente, en la tradición mexicana, el Ateneo fue un grupo sin revista: no

sintió la necesidad de tener un órgano impreso. Actuó por vías extraeditoriales: manifestaciones callejeras, discursos, veladas, exposiciones de pintura, ceremonias, conferencias. El orador político y parlamentario que fue Cravioto, el interlocutor socrático que fue Henríquez Ureña, el maestro pensador que fue Antonio Caso, parecen haberle dado menos importancia a la revista que al mitin, el foro, la cátedra, la tertulia, el salón, el banquete, el parlamento, la grilla. Significativamente, cuando Manuel Caballero pretende resucitar la *Revista Azul*, después de que ellos abandonan *Savia Moderna*, no responden haciendo su propia revista y demostrando que eran los mejores (que lo eran), sino lanzándose a sofocar la otra con manifestaciones, discursos, gritos, abucheos y quema de impresos.

Empezaron distribuyendo un volante, fechado el 7 de abril de 1907 y firmado por Alfonso Cravioto, Jesús Acevedo, Rafael López, Alfonso Reyes, Max y Pedro Henríquez Ureña, entre más de treinta firmantes. Lo reproduce Alfredo A. Roggiano (*Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, 1989, pp. 47 - 48). Fragmentos:

> Nosotros, los que firmamos al calce, mayoría de hecho y por derecho del núcleo de la juventud intelectual [...] protestamos públicamente contra la obra de irreverencia y falsedad que, en nombre del excelso poeta Manuel Gutiérrez Nájera, se está cometiendo con la publicación de un papel que se titula "Revista Azul", y que ha emprendido un anciano reportero carente de toda autoridad y todo prestigio, quien dice venir a continuar la obra de aquel gran poeta [...] Protestamos de semejante desacato, porque el referido sujeto no sólo no es capaz de continuar la obra del "Duque Job" sino ni siquiera de entenderla; protestamos porque esa obra tuvo y sigue teniendo brillantes continuadores reconocidos y juzgados [...] somos jóvenes y fuertes, y nutrimos nuestro cerebro en todas las ramas del arte, para ser verdaderamente cultos. [...] Pisamos un terreno que no es exclusivo patrimonio de nadie; un campo que es del que lo tome por asalto, sin pedir permiso a nadie; del que lucha y se bate mejor y con más fuerzas; del que golpea más duro.
>
> ¡Momias a vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!

Según *El Diario* (18 IV 07, citado por Roggiano, p. 48), donde eran redactores los hermanos Henríquez Ureña, la manifestación partió en la tarde del 17 de abril del Jardín de la Corregidora hacia la Alameda, encabezada por la Banda de Zapadores, un carro alegórico romano con la inscripción floral "Arte Libre" y cerca de 400 estudiantes seguidos por "una gran masa del pueblo y a los lados un piquete de gendarmes montados". En el quiosco central de la Alameda, hubo recitaciones, música y arengas. Cuando ya estaban terminando, llegó el repartidor de una hoja impresa de Manuel Caballero. Los estudiantes "se arrojaron sobre el repartidor e hicieron un auto de fe con la mencionada hoja". Todavía por la noche, hubo una velada de homenaje a Gutiérrez Nájera en el Teatro Arbeu, con músicos, cantantes, recitadores y un discurso de Jesús Urueta, del cual escribe Pedro Henríquez Ureña en sus memorias: "Las ovaciones a cada párrafo hacían estremecer el teatro, lleno de juventud revolucionaria (sic). Por fin, cuando intercaló una frase de desdén para Caballero, aquello alcanzó proporciones de estrépito." (Roggiano, p. 51). La frase fue: "saqueador de sarcófagos" (Díaz Alejo y Prado Velázquez, p. 25).

Curiosamente, Reyes, que era tan pacífico, se exalta recordando la hazaña golpeadora:

> Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera [...] No lo consentimos. [...] Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosko público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatimos y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. [...] No nos dejamos arrebatar la enseña y la gente aprendió a respetarnos. (*Obras completas* XII 208)
>
> Fue aquella pléyade, fue aquella tropa la que lanzó por las calles la bandera del arte libre; la que congregó en las plazas a la muchedumbre universitaria, y dio al traste con la bastarda empresa de un mentecato que pretendió resucitar la *Revista Azul* ¡la de Gutiérrez Nájera nada menos! para atacar las libertades de la nueva poesía. Por primera vez en México se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuesta si hubiera sido menester (¡oh, santas locuras!) a defenderla con los puños ("Nosotros", en la revista *Nosotros* 9, III 14, p. 217; p. 621 de la edición facsímil del Fondo de Cultura Económica, 1980).

El linchamiento fue perfecto: la nueva *Revista Azul* duró seis semanas. Tan perfecto que, en cierta forma, continúa: Manuel Caballero sigue satanizado, y se habla mal de su revista sin leerla. No es fácil conseguir esos seis números, y, aunque sería barato reeditarlos, no se reeditan. No están en la Hemeroteca Nacional, ni en el Archivo General de la Nación, ni en la Biblioteca Orozco y Berra, ni en la Miguel Lerdo de Tejada, ni en la Capilla Alfonsina de México ni de Monterrey. Andrés Henestrosa me asegura que los tiene en el magno mar de su biblioteca, pero no los ha encontrado.

Por todos los indicios, parece haber sido una revista del montón. Pero ¿quién arma un costoso escándalo (contratar una banda de música, fletar un carro alegórico, conseguir el visto bueno y los gendarmes de las autoridades, alquilar el Teatro Arbeu, organizar la asistencia masiva al desfile, la Alameda, el teatro) contra la aparición de una revista mediocre?

Manuel Caballero, el "anciano" de 58 años, el "oscuro aficionado" de larga trayectoria editorial y espíritu innovador, el "mentecato" celebrado por Manuel Gutiérrez Nájera, seguramente quedó estupefacto. Nunca hubiera esperado que "los brillantes continuadores reconocidos y juzgados" de la *Revista Azul*, que los brillantes descontinuadores de *Savia Moderna* (que ya no hacían revista alguna), lo lincharan por ser un continuador poco brillante. Sin darse cuenta, había cebado el puerquito perfecto para que la "juventud revolucionaria" lo vistiera de tigre de papel y saliera a exhibirse de cacería feroz.

¿Por qué lo hicieron? Roggiano señala un antecedente (p. 46): el 4 de junio de 1906, cuando se renovó la mesa directiva de la Sociedad Literaria "Manuel Gutiérrez Nájera", ningún colaborador de *Savia Moderna* o de la *Revista Moderna de México* fue invitado a la dirección de la sociedad, de la cual se volvieron opositores. Sospecho que Manuel Murguía, el nuevo presidente, era católico (y de la dinastía que todavía

publica el *Calendario del más antiguo Galván*). Otro posible antecedente: Justo Sierra creía que Manuel Caballero era en cierta forma responsable de la muerte de su hermano Santiago, en duelo con Ireneo Paz (27 IV 80): "La causa del duelo fue un suelto [contra Paz] publicado en el periódico *La Libertad* [...] atribuido a mi desdichado hermano por el asesino Paz, sugerido por un infame que se llama D. Manuel Caballero." (*Obras completas* XIV 14). Octavio Paz me da una versión distinta, que desmiente esa acusación. Pero lo importante es lo que Sierra creyese, aunque no es de suponerse que, 27 años después, siendo ministro de instrucción pública, organizara una venganza contra Caballero. La iniciativa seguramente fue de Cravioto o de Henríquez Ureña, no de Sierra; el dinero, probablemente de Cravioto, no del ministerio (aunque la Banda de Zapadores y los gendarmes ¿quién los paga?). Con todo, el permiso político dependía de Sierra, que tal vez vio en el linchamiento un acto de justicia poética.

Sin embargo, estos antecedentes (en la medida en que lo sean) únicamente condimentan la estrategia fundamental. Se trataba de repetir la entrada triunfal en escena que fue la publicación de *Savia Moderna*, pero ahora con una teatralidad apabullante. Se trataba de tomar la calle, salir a la vida pública y decir: aquí estamos, miren la fuerza que tenemos, el talento que tenemos, la razón que tenemos. Somos "Nosotros", la "mayoría de hecho y por derecho del núcleo de la juventud intelectual", los que tomamos el terreno que es patrimonio "del que golpea más duro". El linaje de la cultura del México independiente, que comienza en *El Renacimiento* (1869), que llega a su apogeo en la *Revista Azul* (1894 - 1896) y la *Revista Moderna* (1898 - 1903), que sobrevive en la *Revista Moderna de México* (1903 - 1911), tiene ahora cachorros de veinte años que han hecho, por lo pronto, *Savia Moderna* (1906). Los sucesores de Gutiérrez Nájera somos nosotros, no Manuel Caballero.

No he logrado saber si Manuel Caballero fue un escritor católico. Parece que no. Pero, en su defensa, salieron dos grupos de la nueva cultura católica de provincia: Puebla y Aguascalientes. Sobre el manifiesto del primero (entre cuyas 27 firmas estaba la del padre Federico Escobedo), Henríquez Ureña escribe a Reyes (29 X 13, *Correspondencia 1907 - 1914*, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 224): "La contraprotesta de Puebla: mochería académica. Después hemos influido sobre Puebla y por lo menos hemos conquistado a Alarcón." (Alfonso G. Alarcón, que entró al Ateneo). Los de Aguascalientes mandaron a la nueva *Revista Azul* (28 IV 07) la siguiente declaración, firmada por Eduardo Correa, Ramón López Velarde, Enrique Fernández Ledesma y cuatro más (Jorge Von Ziegler, estudio introductorio a la edición facsimilar de *Revista Azul*, UNAM, 1988, tomo I, página XXIV):

> Ha llegado a nuestro conocimiento la manifestación ruda y de todo punto injustificada con que algunos escritores modernistas han pretendido atacar el viril programa de *Revista Azul*. Por estar dicho programa enteramente de acuerdo con nuestras convicciones artísticas y por ser *Revista Azul* el órgano defensor de los fueros del purismo castellano a la vez que el fustigador del modernismo, creemos un deber hacer constar nuestro fervor por la nobilísima causa que alienta el referido programa, a la vez que protestar enérgicamente contra la punible manifestación a que aludimos. La vieja bandera tiene sus adeptos. ¡Viva esa bandera!

No hay comentarios de Henríquez Ureña. ¿Tendría presente esa firma enemiga de López Velarde cuando, todavía en 1916, le regateaba méritos? Desconfiaba (como le escribió a Reyes sobre José María Chacón y Calvo) de un escritor que "no quiere dejar de ser católico (tú sabes que eso es grave para mí)" (*Correspondencia*, 29 VI 14, p. 380). Pero quería influir, y así como salvó a Calderón de la "mochería académica", pudo haber "conquistado" a López Velarde para el Ateneo, de haber tenido la oportunidad. Se daba cuenta del costo político de exhibirse como violentos, de ser vistos con "el carácter enojoso de publicidad y aun de combate que se le ha dado al Ateneo. Habrá que trabajar bastante contra este prejuicio, si se quieren establecer relaciones con los [nuevos estudiantes] que llegan." (6 IV 11, Roggiano, p. 118).

2. HACIA LA TOMA DEL *ESTABLISHMENT*

El caso está más claro en el segundo escándalo, que (en vista del éxito obtenido) tiene mayores ambiciones. Una cosa es decir abiertamente: los herederos del Duque somos nosotros, no la momiza sobreviviente de la *Revista Azul*. Otra, más sutil, es organizar un homenaje ambivalente a Barreda, sin decir abiertamente: los herederos de la Escuela Nacional Preparatoria somos nosotros, no las momias del positivismo, que deberían dejarnos el lugar. Esta sutileza resultó tan efectiva que nunca se ha explicado una curiosa contradicción: ¿Cómo es posible que un homenaje al positivismo pasara a la historia como un ataque al positivismo?

El doctor Francisco Vázquez Gómez (1870 - 1936, otorrinolaringólogo eminente, amigo y médico de Porfirio Díaz, miembro del Consejo Superior de Educación, crítico del positivismo y simpatizante de la reelección de Díaz, pero sustituyendo al vicepresidente Ramón Corral, de los Científicos, por Bernardo Reyes, mientras se creyó posible; luego candidato a la vicepresidencia en 1910, como segundo de Madero) publicó un estudio crítico sobre *La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal*, en los primeros días en 1908. Tuvo una repercusión extraordinaria. La discusión en los periódicos duró meses: ocupa la décima parte del volumen que Clementina Díaz y de Ovando dedica a la reseña hemerográfica de casi medio siglo de *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867 - 1910*, UNAM, 1972, I, pp. 279 - 512. Era un ataque a fondo de los planes de estudio, métodos de enseñanza, privilegios y hegemonía centralista de la Preparatoria oficial sobre las demás. También una defensa del principio liberal establecido en el artículo tercero de la Constitución de 1857: "La enseñanza es libre". La Reforma se hizo para acabar con el monopolio de la educación católica, no para imponer en las escuelas otra religión oficial: la comtiana "religión de la humanidad". (Tomo los argumentos de *La enseñanza secundaria en el Distrito Federal, Segundo folleto*, así subtitulado aunque tiene 204 páginas, *El Tiempo*, agosto de 1908, que está en la Biblioteca México y pude ver gracias a Rafael Vargas).

El 6 de octubre de 1909, en *El Regional* de Guadalajara, López Velarde publicó un artículo contra el ministro de instrucción pública titulado "Don Injusto" (*Obras* 580), por los trucos usados contra la educación católica: "La tiranía escolar, incompatible con los anhelos de justicia del país, ha llegado a lindezas como la de no considerar aprobado sino con tres Muy Bien al alumno de escuela particular que se presente

a revalidar en los institutos ministeriales." Por esa tiranía, se arruinó el Colegio Morelos de su padre, y la familia tuvo que irse de Jerez. Contra esa tiranía, se protestaba en la prensa católica provinciana. Pero la crítica de Vázquez Gómez rebasó ese ámbito. Por eso tuvo tanta repercusión. Que un miembro del Consejo Superior de Educación (y médico personal y compañero de excursiones de cacería del señor presidente) publicara tal cosa, podía verse maquiavélicamente como una lucha de facciones en la cúspide, como tántas que alentó Porfirio Díaz; pero también como el signo de una dictadura que empieza a aflojar y conceder libertades. Más aún, si en medio de la discusión, el 17 de febrero, Díaz declara al periodista Creelman que México ha progresado tanto que ya puede darse el lujo de iniciar la democracia. Como si hablara en serio, hubo quienes se sintieron autorizados para lanzarse a la leal oposición. Por si hablara en serio, otros (y, en particular, Justo Sierra) se lanzaron a defender los baluartes que la apertura pudiera entregar a la oposición.

El 31 de enero de 1908, Henríquez Ureña le escribe a Reyes (en Monterrey): "La verdad es que podríamos aprovechar la agitación que reina en cuestiones de educación. [...] el folleto del católico doctor Vázquez Gómez, Consejero, ha promovido una alharaca." El 17 de febrero expone todo el plan:

> necesitamos que vengas a México para mediados de marzo. La cuestión Barreda fermentó inesperadamente y ya está en su punto. La manifestación está decidida para el 22 de marzo [...] será doble, como la anterior [sobre la *Revista Azul*], no tomará parte ningún positivista y se dirán *cosas* sobre el positivismo. El trabajo preparatorio será una multitud de convocatorias para los estudiantes de toda la República, y proclamas que se fijarán en las esquinas de la capital. El 22 por la mañana, la manifestación se iniciará con una ceremonia seria en el Patio Barreda de la Preparatoria, para la cual se desean versos de Alfonso Reyes, pues habrá discursos de Ricardo Gómez Robelo y de Pedro Henríquez Ureña; de ahí se encaminará la comitiva al memorable Circo Orrin, a celebrar un *meeting*, y de ahí a una rotonda o plazoleta a la que se dará el nombre de Barreda. [...] Por la noche, velada en Arbeu con presidencia de Porfirio Díaz, discurso de Caso, poesía de Rafael López, y discursos de don Justo [Sierra] y Díaz Mirón [...] vimos a don Justo, quien había hablado ya con don Porfirio y estaba "anuente", como dicen aquí, a hablar, dar el teatro, pagar los gastos, etc. (Esto no, porque los positivistas van a pagarlos, y el pato también.) Cierto que lo que los positivistas hacen es malo; pero lo juzgamos así porque queremos progresar y no retrogradar. Mientras tanto, no debe dejarse paso a la reacción. Figúrate que el doctor Vázquez Gómez es instrumento de la Compañía de Jesús, y que los jesuitas han intrigado tanto con don Porfirio, que éste llegó a decirle a don Justo que veía algo digno de tomarse en consideración en la proposición de Vázquez Gómez de que la enseñanza preparatoria se dejara en manos de particulares; así, pensaba, se dedicaría ese dinero a la primaria. En manos de particulares es decir en manos de los curas; pues ¿qué particulares sino ellos, cuenta con medios de instalar colegios? La manifestación resulta más oportuna de lo que hubiéramos pensado. La vacilación de don Porfirio es cosa de erizar los cabellos, dice Caso. Nos hemos hecho tan "íntimos" de don Justo [...] (*Correspondencia*, pp. 92 - 93).

Para Reyes, "la cosa se hace de exhibición" y buscando "ocasión de hacer ruido" (21 II 08); por lo cual se niega a participar, aunque cede, finalmente, presionado y regañado por Henríquez Ureña. Para el ministro Justo Sierra (1848 - 1912), la jugada es transparente. Había visto las ganas de señalarse de aquellos "efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia", y estaba dispuesto a alentarlos, para aprovechar sus algaradas en favor de que don Porfirio no fuera a entregar la Preparatoria al clero. Pero sabía poner el ruido en su lugar. Cuatro días después del homenaje a Barreda, le escribe a su joven subsecretario Ezequiel A. Chávez:

> aquí, no ha habido nada de bien interesante. Manifestaciones en honor de Barreda que, a no haber sido por una velada que en Arbeu presidió el General Díaz, habrían resultado lo menos serio del mundo. (*Obras completas* XIV 269).

Y tenía razón: por lo que hace al positivismo (no a la exhibición de poder de los líderes estudiantiles), lo importante del homenaje a Barreda fue el discurso de Sierra en el Arbeu, donde expuso el ideal tecnocrático que inspiró su proyecto de Universidad Nacional:

> Barreda deseó formar en este plantel de educación [la Escuela Nacional Preparatoria], algo así como el cerebro nacional: los que allí se educaran eran los que debían influir más de cerca en los destinos de México [...] Vedlo hoy mismo: para estos efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia [...] la obra de Barreda es un ideal religioso casi, un ideal de emancipación y libertad. [Por eso, frente a] la insensatez estupenda que mantiene al elemento religioso (indispensable factor de la vida nacional) en alta presión, amenazando con desbaratar, por medio de súbitas explosiones, cada movimiento de la sociedad hacia la realización de su destino, era natural que [en estos jóvenes] contestase el grito de coraje, de indignación, de ira. (*Obras completas* V 387 - 396).

Julio Torri (me dice Capistrán) recordaba que la apoteosis de Sierra culminó en que los estudiantes, desenganchando los caballos y poniéndose en el tiro, le dieron un paseo triunfal. Francisco Monterde (según Díaz y de Ovando, I, p. 313) recordaba el episodio como un secuestro en broma, para castigarlo por haber dicho al director de la Preparatoria (como defendiéndose o burlándose de sus críticos): ¿Verdad, Porfirio, que tú y yo somos espiritualistas?

Alfredo A. Roggiano, que tuvo a la vista las memorias de Henríquez Ureña y la prensa del momento, hace el siguiente resumen (p. 78):

> Se trataba, en realidad, de un ataque que cierto grupo católico había emprendido contra el positivismo, la doctrina y plan de Gabino Barreda, su enseñanza en la Escuela Nacional Preparatoria y, más principalmente contra su director, el Dr. Porfirio Parra. La polémica (llamémosla así) se originó en un folleto del Dr. Francisco Vázquez Gómez contra la enseñanza positivista en la mencionada escuela, que fue aprovechado en forma sensacionalista por los diarios católicos *El Tiempo* y *El País* (éste sobre todo). El Dr. Porfirio Parra contestó, en cierto modo, con un discurso acerca de "la religión de la humanidad", marcadamente comtiano, en el que proponía "las condiciones que debía tener el Ser Perfecto". *El País*, en un editorial titulado "El Sr. Dr. D. Porfirio Parra, Director de la Escuela Nacional Preparatoria y la Religión de la Humanidad", atacó dicho discurso y opuso a "las condiciones

que debe tener el Ser Perfecto" las "del Ser Amado por los místicos". Al día siguiente, en primera plana, *El País* publica otro editorial bajo el título de "El positivismo es el ateísmo". El grupo de los intelectuales jóvenes, a pesar de que, como hemos visto, ya empezaba a hacer la crítica del positivismo, acaso por temor a una vuelta a la posición anterior a la reforma de Barreda, se creyó en la obligación de señalar los méritos que la enseñanza científica del maestro Barreda todavía mantenía en vigencia.

Se entiende que Roggiano trate de explicarse algo inexplicable: una defensa de Porfirio Parra (el sumo pontífice del positivismo académico) y de Gabino Barreda (el fundador), pasó a la historia como una gran batalla contra el positivismo. Pero así se escribe la historia, desde la perspectiva vencedora.

El doble juego está a la vista en la carta de Henríquez Ureña: estamos en contra del positivismo, pero no de sus instituciones, que esperamos tomar. Una vez que tengamos la Escuela Nacional Preparatoria, acabaremos con el positivismo. Mientras tanto, "no debe dejarse paso a la reacción", que puede adelantarse, arrebatarnos las banderas y apoderarse de lo que aspiramos a dirigir. Hay que usar el *Establishment* para pegarles a los católicos, y simultáneamente aprovechar la oposición abierta de los católicos contra el positivismo, para ganar nosotros posiciones a favor del cambio desde adentro.

Eliminada la oposición católica, en la memoria de los vencedores queda el recuerdo de dos partes en conflicto, no tres. La única y verdadera oposición a la cultura oficial fue la que llegó al poder, desde adentro. ¿Los católicos? Que Reyes recuerde, no habían dado señales patentes de tener una conciencia pública emancipada del régimen. Parece que ni existían:

> En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Nacional Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron, —aun sin habérnoslo propuesto— algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. (*Obras completas* XII 208 - 209).

Extraño amanecer: los católicos se oponen abiertamente al positivismo, y eso no existe o es simplemente reaccionario. En cambio, los futuros ateneístas, patrocinados por el dictador y su ministro de instrucción pública, defienden la Bastilla y disparan contra los insurrectos, pero en realidad... estaban tomando la Bastilla.

Y claro que la estaban tomando, pero no desde afuera sino desde adentro: haciendo méritos para subir. Dos años después, cuando Díaz y Sierra "fundan" la Universidad Nacional para adornar las fiestas del Centenario (como ahora se adornan las autoridades que "inauguran" el Parque Rosario Castellanos, poniéndole un letrero a unos prados que ya estaban ahí): expiden el decreto, reparten doctorados, invitan a figuras internacionales, organizan banquetes y discursos para inaugurar una oficina centralizadora de escuelas profesionales que ya existían (Javier Garcíadiego Dantan, "Una efeméride falsa. La supuesta fundación de la Universidad Nacional en 1910, *Revista de la Universidad* 483, IV 91), astutamente nombran como primer rector a un católico partidario de Maximiliano (Joaquín Eguía Lis, de 77 años), pero con una cuña juvenil ateneísta: Antonio Caso (de 27 años) como secretario y Pedro Henríquez Ureña (de 26) como oficial mayor (Roggiano, p. 147).

3. EL ATENEO SOÑADO POR GUTIÉRREZ NÁJERA

Ignacio Manuel Altamirano (1834 - 1894) y Guillermo Prieto (1818 - 1897) no fueron miembros de la Academia Mexicana, fundada en 1875. Por lo cual, su joven discípulo Manuel Gutiérrez Nájera escribió en *La Libertad* (29 VII 84, *Obras* I 247):

> Hasta ahora, con excepciones muy contadas, la Academia se ha compuesto de personas adictas al trono y al altar [...] La más ligera veleidad liberal, el más leve descuido en la sintaxis, un le, un lo, un soneto a Juárez, bastan para cerrar al candidato el santuario de las letras vocales y de las letras consonantes. Los hombres que marchan a la cabeza de nuestro movimiento literario no pertenecen a la Academia. Altamirano y Guillermo Prieto vivirán y morirán fuera de esa comunión [...] En la Academia, pues, y en esto no hago la más mínima excepción, no hay poetas.

Justo Sierra, en el mismo periódico (2 VIII 84, *Obras completas* III 370), respondió que en la Academia (de la cual, entonces, no era miembro) sí había poetas y sí había liberales. Lo cual reconoció Gutiérrez Nájera, insistiendo en la ausencia de Altamirano y Prieto, y proponiendo un ateneo:

> ¿No adivina usted, Justo, qué pensamiento me ha guiado? Yo estoy seguro de que lo sospecha. Puesto que la Academia es reaccionaria y no admite en su seno a los que tenemos por maestros, fundemos frente a frente de ese cuerpo que como tal ha hecho muy poco, casi nada (por más que cuente con ilustres miembros); fundemos, digo, un Ateneo donde quepa toda noble inspiración, ora venga del sur, ora del norte. El tiempo dirá cuál de ambas asociaciones ha sido más beneficiosa para el despliegamiento del progreso. (15 VIII 84, *Obras* I 257).

Gutiérrez Nájera, como sus maestros Altamirano y Prieto, y como casi todos los grandes liberales mexicanos del siglo XIX, fue un católico abierto, libre y más o menos anticlerical. Prieto escribió un soneto (recogido por Joaquín Antonio Peñalosa en *Flor y canto de la poesía guadalupana. Siglo XIX*, Jus, 1985, p. 210) donde critica al clero que quiere "adunar a Dios con la violencia" (bendiciendo las armas conservadoras) y donde, curiosamente, quiere adunar a la Virgen de Guadalupe con el triunfo de las armas liberales:

> alza ¡oh Madre de Dios!, alza triunfante
> la causa de los libres tan querida.

Después del triunfo liberal, Altamirano fue más ecuménico: invitó a las mejores plumas católicas a intervenir en la república literaria que fundó, en *El Renacimiento*. Los católicos (antes dueños de la casa de la cultura mexicana) se dividieron: unos optaron por replegarse al gueto, para no vivir arrimados a los vencedores; otros creyeron en la construcción de una cultura laica, donde creyentes y no creyentes, liberales y conservadores, pudieran convivir.

Este fue el caso, en las generaciones siguientes, de los católicos Manuel Gutiérrez Nájera (1859 - 1895), Manuel José Othón (1858 - 1906) y Ramón López Velarde (1888 - 1921). Significativamente, López Velarde dedica *La sangre devota* a "los espíritus de Gutiérrez Nájera y Othón". En ese espíritu, se entiende el reproche de Gutiérrez Nájera a la Academia: no debe ser el gueto de los derrotados, sino el ateneo de todo el movimiento literario, donde participen creyentes y no creyentes, liberales y conservadores.

Así lo entendió Cravioto, que empezó como jacobino (autor de versos juveniles ateos) y acabó en la tradición de los católicos abiertos: especialmente la de Gutiérrez Nájera, cuyo ateneo soñado parece anticipar el Ateneo de la Juventud. Cravioto, desanimado por la represión porfiriana, abandonó la oposición abierta para buscar el cambio desde adentro del *Establishment*, reclutando a la juventud talentosa, "ora venga del sur, ora del norte": organizó un movimiento estudiantil que tuvo la bendición de Justo Sierra y que llegó al poder, como puede verse en la trayectoria curricular de los principales miembros del Ateneo. Si no reclutó a López Velarde, fue simplemente porque andaba en Aguascalientes, en el grupo de Correa, no porque el grupo fuera católico. De hecho, lo reclutó siete años después (en 1914, para el ministerio de instrucción pública, donde Cravioto llegó a ser el ministro, por un par de meses, en 1916).

No resulta fácil definir quiénes sí y quiénes no fueron miembros del Ateneo (hay varias listas, más o menos oficiales, con elementos comunes, pero también variantes). Ni siquiera cuál deba ser la credencial para establecerlo. Tampoco es fácil definir quiénes sí y quiénes no fueron católicos (ni la credencial para el caso). Pero tengo la impresión de que en el Ateneo hubo una alianza de liberales abiertos (con frecuencia del norte) y católicos abiertos (con frecuencia del centro y sur del país).

Fue una desgracia que, en el siglo XIX, la tensión entre catolicismo y liberalismo no se resolviera en una cultura católica moderna (para la cual tenían viejas raíces comunes, señaladas por Silvio Zavala, de libertad cristiana en Erasmo, los misioneros reformados y, más recientemente, los humanistas del siglo XVIII). Hubo una guerra civil que, finalmente, no resolvió nada. El conflicto fue "superado" por la dictadura militar y su barniz ideológico: el positivismo, que decía rebasar, con espíritu científico, las preocupaciones religiosas del catolicismo y las preocupaciones metafísicas del liberalismo.

Por eso, a fines del porfiriato, hay dos corrientes enemigas de la cultura oficial, abiertamente y desde afuera: la católica, que había cobrado fuerza bajo el pontificado renovador de León XIII, y la liberal "constitucionalista" (en referencia a la Constitución de 1857), cuya dificultad estaba en oponerse a un régimen oficialmente liberal. Los liberales en el poder despreciaban a los liberales en la oposición como atrasados jacobinos; ya no se diga a los católicos en la oposición, como mochos aún más atrasados. Este doble desprecio se justificaba en la racionalidad científica, y en la no menos contundente racionalidad de estar en el poder.

Tanto católicos como liberales suelen ser más amantes de la libertad cuando están en la oposición que cuando están en el poder. Con ciertas diferencias. La mediocridad católica (como la académica) busca apariencias de rigor y disciplina. La mediocridad liberal (como la romántica) busca apariencias de liberación. La mediocridad positivista (como la tecnocrática) buscó las apariencias de integrar esa tensión en un nivel más alto, donde la ciencia fuera al mismo tiempo liberación y disciplina: orden y progreso. Daba por superado el rigor estéril de la escolástica y el dogma católicos, el romanticismo estéril de la Constitución de 1857 y su premiosa y prematura liberación de una sociedad que todavía no estaba preparada para la democracia. La paz tecnocrática de la "poca política y mucha administración" daba por felizmente superada la lucha entre liberales y conservadores, que tanto le había costado al país.

La "superación" fue simbólica, y tan estéril como el conflicto armado. Faltó, históricamente, la tensión abierta, pacífica, mutuamente educativa, civil y civilizada, entre los católicos no mochos y los liberales no jacobinos, que sólo puede darse en una democracia. Todavía en el Ateneo de la Juventud, siguió faltando. A pesar del talento de sus miembros y de su voluntad de renovación, la integración de un club de liberales abiertos y católicos abiertos, tuvo como limitación la forma de actuar: fue reclutado para la toma del poder desde adentro.

Para la sociedad civil, el Ateneo no fue el lugar de ventilación de las viejas cuestiones no resueltas. Su apertura fue de reclutamiento: más "administrativa" que "política". Los juniores del porfiriato y el positivismo resultaron en la práctica más Científicos de lo que llegaron a creer. No dijeron lo que pensaban de Porfirio Díaz, ni era posible; pero tampoco dijeron lo que pensaban de Porfirio Parra. No sólo eso: cuando la oposición católica toma la iniciativa, disimulan sus coincidencias, hacen como que defienden a Parra y producen una algarada, para sofocar la discusión abierta de la cultura oficial, con la presencia ilustre y apabullante del ministro y el dictador, ante los cuales ganan puntos. Llegaron, finalmente, a tener el puesto de Parra, y lo hicieron mejor, mucho mejor, pero a costa de sofocar la discusión abierta en la sociedad civil.

La apertura de reclutamiento sirvió para enriquecer con los mejores talentos a uno de los grupos más valiosos en la historia de México. Si eso descremó a las culturas de gueto (la de "católicos de Pedro El Ermitaño", la de "jacobinos de la era terciaria"), no hay que lamentarse. Lo lamentable es que los ateneístas soñaran con el poder tecnocrático de Parra o de Sierra: que prolongaran el porfiriato cultural, en vez de restaurar la autonomía de la república literaria, fundada libre por Altamirano.

No les faltó el talento ni el dinero para hacer una revista independiente, sino la fe en la imprenta como animadora de la vida pública y de la sociedad civil. No les faltó el ejemplo de la tradición liberal: hasta los católicos (por sus circunstancias) habían aprendido y se habían vuelto "objetivamente" liberales, en el ejercicio de la prensa independiente (esa prensa católica de donde surge López Velarde). A los ateneístas, *Savia Moderna* les sirvió como tarjeta de presentación: para congregarse y señalarse como grupo valiosísimo, en un medio que, tradicionalmente, identifica grupos y movimientos por

las revistas a través de las cuales actúan. Pero no les interesaba continuar como editores, sino apoderarse de la Preparatoria, de la Universidad, del Ministerio. Todo lo cual consiguieron: con Díaz, con Madero, con Huerta, con Carranza, con Obregón...

4. ¿QUIÉNES FUERON LOS POETAS DEL ATENEO?

En "La poesía de los jóvenes de México" (1924), célebre repaso de la historia literaria donde define a su generación y escoge su genealogía, Xavier Villaurrutia (a los 21 años) descalifica a la generación anterior (*Obras* 823). No ve grandes poetas. Es un grupo de "transición" (después del "mediodía" del modernismo) que la crítica literaria deriva "ya de la revista *Savia Moderna*", "ya del Ateneo de la Juventud": "Manuel de la Parra, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Alfonso Reyes, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, Joaquín Méndez Rivas y José de Jesús Núñez y Domínguez". Luego señala cómo, de "este nutrido grupo quedan, pues, solamente Alfonso Reyes y Alfonso Cravioto, Núñez y Domínguez y Méndez Rivas", lo cual realmente se reduce a Reyes, lo cual realmente se reduce a una esperanza: "una nueva colección de versos que anuncia para pronto".

En un guión manuscrito para esta conferencia (que pude ver gracias a Miguel Capistrán), frente a la lista de poetas anteriores, hay una línea paralela, que tiene abajo las siglas de López Velarde, como señalando que el gran poeta del Ateneo fue el que no estuvo ahí.

Villaurrutia no se ocupa de López Velarde en su lugar cronológico, donde tendría que estar entre los poetas de la generación que rechaza, sino más adelante. Anacrónicamente, lo junta con Tablada (11 años mayor) y los propone como progenitores de la poesía joven. En su opinión, el Ateneo no engendró nada poéticamente. La nueva generación (la suya, luego llamada los Contemporáneos) desciende de una pareja de rebeldes.

> Si Enrique González Martínez era, hacia 1918, el dios mayor y casi único de nuestra poesía; si de él partían las inspiraciones, si los jóvenes cantaban con pulmones propios el dolor particular de González Martínez, en oraciones semejantes al tedioso orfeón que en torno de Dios deben entonar los ángeles; necesitamos nuevamente de Adán y de Eva que vinieran a darnos con su rebelión, con su pecado, una tierra nuestra de más amplios panoramas, de mayores libertades; una tierra que ver con nuestros propios ojos. La fórmula será: Adán y Eva = Ramón López Velarde y José Juan Tablada.

No está de más recordar que López Velarde, en efecto, fue expulsado del paraíso por Dios Padre González Martínez. Su hijo, Enrique González Rojo, y Jaime Torres Bodet, bajo el seudónimo de Sub-y-Baja, manifiestan en una revista estudiantil (*San-Ev-Ank*, 22 VIII 18; p. 145 de la edición facsimilar del Fondo de Cultura Económica):

> ... la juventud de México no concuerda con la actitud espiritual de López Velarde. Ha llegado el momento de exigir:
>
> Que el poeta, dejando a un lado todo malabarismo de la forma, sería y noblemente haga su labor; que, debiendo ser ante todo humano, deje de encaminarse por los senderos de los rebuscamientos interiores, porque así su canto resultará puro.
>
> Ha llegado el momento de rechazar:
>
> Toda complicación espiritual de mala ley, hecha siempre con el objeto de asombrar a los espíritus ingenuos; toda doctrina estética que no haga vibrar nuestras fibras interiores; la extravagancia, que puede causar la risa...

Un año después, la andanada en *El Heraldo de México* (28 XII 19) va firmada personalmente por Enrique González Martínez, en un artículo ("La inquietud de la sorpresa") recogido por Miguel Capistrán en *La Cultura en México* 389 (Siempre! 839, 23 VII 69). Aunque manifiesta su "inconformidad con los que piensan [¿quiénes?] que [López Velarde] ha descendido del puesto decoroso [sic] que conquistó en la lírica mexicana con la publicación de *Sangre devota*", aunque declara que *Zozobra* es "una confirmación plena de su talento poético"...

> Tiene el autor de *Zozobra* una inquietud que es común hallar en ciertos líricos de los actuales tiempos: la inquietud de "la sorpresa". [...] El ansia de esquivar el cliché poético y de huir del lugar común, sirve de estímulo para echarse a buscar lo inesperado y, lo diremos de una vez, lo despatarrante. Es difícil hacer descubrimientos en cada renglón corto, y punto menos que imposible que cada descubrimiento resulte precioso [...] Aquella "vaca crepuscular" y aquellas "praderas sonámbulas" y aquella "magnánima desilusión de imperios" son admirables *trouvailles* [de Lugones] que la imitación transforma en caricatura. [...] Yo pienso que las "sorpresas" que quiere darnos las ha recibido él de la vida antes que nosotros. Recluido por muchos años en su terruño natal, la urbe metropolitana le ha descubierto muchos horizontes que no le eran familiares, y con una ingenuidad de artista nos va dando cuenta de sus descubrimientos y nos habla de ellos como si para los demás fuera aquello fundamentalmente nuevo. Esto se llama en buenos términos, descubrir el Mediterráneo; pero como el poeta no tiene el ojo vulgar ni el espíritu adormilado, sus atisbos resultan de una fineza recóndita y de un sabor primitivo y humano. [...] López Velarde no tiene perceptible el don musical y construye con frecuencia versos cacofónicos saturados de un prosaísmo que no por ser en ocasiones deliberado deja de fatigar cuando el poeta insiste en dejarlo sin pulimento.

Tenía razón el joven Villaurrutia: todavía en 1919, cuando aparecen *Zozobra* de López Velarde y *Li-Po* de Tablada, el porfiriato cultural se prolongaba en la poesía del Ateneo, presidida por González Martínez y continuada por el mejor poeta de "transición": Alfonso Reyes. La ruptura, la revolución poética, la hacen López Velarde, el Tablada del haikú y los poemas ideográficos, luego Pellicer. En el argumento genealógico de Villaurrutia, esto implica una línea de sucesión legítima (la de Reyes) y otra ilegítima (la de López Velarde – Tablada), que fue la que asumieron los mejores poetas jóvenes: Villaurrutia, Gorostiza, Novo, Pellicer. José Vasconcelos, el Justo Sierra de la dictadura sonorense apoyó la preferencia de sus jóvenes ayudantes y consagró a López Velarde como el poeta de la Revolución, el gran poeta ilegítimo del Ateneo en el poder, frente a su medio hermano destronado: Reyes.

López Velarde y Reyes fueron abogados, casi de la misma edad, provincianos en la ruta del norte, poetas y prosistas con

admiraciones comunes (Francia, Othón), que al parecer no llegaron a conocerse, aunque se leyeron, sin entender qué buscaba el otro y por qué era importante. López Velarde buscaba hacia adentro, y desde afuera parecía un payo tieso, inseguro, ambicioso. Reyes buscaba hacia afuera, y parecía no tener dentro: mostraba siempre la seguridad de un hombre de letras y de mundo. López Velarde vivió un proceso alquímico, atormentado, de trasmutación y búsqueda de sí mismo, de su posible mujer, de su lenguaje, de su patria, de su religión, que Reyes no entendió. A la misma edad, Reyes era de una superioridad aplastante: todos los dones eran suyos, casi desde la cuna; había leído todos los libros, conocía a todo el mundo, publicaba en el extranjero, era hijo de un general que parecía destinado a gobernar el país, después de Nuevo León. Reyes se aceptaba con naturalidad, con gracia, con malicia, como heredero de la grandeza universal.

Los dos vieron frustradas sus ambiciones juveniles de distintas maneras, y en bandos contrarios. López Velarde empieza en la vanguardia católica, Reyes en la vanguardia del *Establishment*. López Velarde fue maderista con mala suerte y luego carrancista con mala suerte. Reyes, naturalmente, fue reyista, también con mala suerte: se fue del país, huérfano después del fallido golpe militar de su padre contra Madero. López Velarde, que había perdido a su padre cinco años antes, perdió también a dos figuras paternas que hubieran podido apoyarlo: los presidentes Madero y Carranza, muertos trágicamente, como el posible presidente Reyes. En 1920, cuando Carranza pierde el poder y la vida (y López Velarde su empleo y esperanzas como abogado consultor del secretario de gobernación), López Velarde queda, no sólo reprobado por Dios Padre en la poesía, sino en la orfandad práctica. Para entonces, Reyes iba superando la suya: se había hecho un nombre en París y en Madrid; escribía maravillosamente, y en octubre de ese año publicó *El plano oblicuo*. Más tardó el libro en llegar a México (un par de meses), que López Velarde en celebrarlo insidiosamente:

> Mucho se ha hablado de las capacidades para la prosa en relación con la vocación para la poesía. Lo cierto es que no se puede suscribir una regla terminante. Si vemos a grandes poetas aptos para la prosa (Díaz Mirón, por ejemplo), en otros no ocurre igual. Lo que sí parece comprobarse es que cuando el poeta sobresale por su disciplina netamente artística, su prosa descuella. Tal es el caso de Reyes, por más que lo prefiramos, en definitiva, fuera de la lírica.

Para situar esta expulsión del parnaso, ya no de Dios contra Adán, sino de Caín contra Abel, hay que tomar en cuenta que Reyes mismo parecía titubear: por entonces (1920), no había publicado su primer libro de versos, y ya tenía 32 años. Lo hizo un par de años después, quizá movido por la nota de López Velarde (que no salió en cualquier parte, sino en *México Moderno*: parecía representar la opinión del *Establishment)*. Sus primeros libros, que empieza a publicar a los 21, fueron de crítico literario. Luego publica ensayos deslumbrantes (*El suicida, Visión de Anáhuac, Cartones de Madrid, Retratos reales e imaginarios, El plano oblicuo, El cazador*) y una docena de obras prologadas, escogidas, preparadas, como hombre de letras. En 1922, cuando publica *Huellas* (que recoge su poesía desde 1906), ya circulaban más de veinte libros, folletos y ediciones con su firma de prosista, casi todo publicado en Madrid. Era tan sorprendente lo que había logrado en prosa que opacaba lo que había logrado en verso.

López Velarde lo veía. Tres años antes, había citado largamente un ensayo de Reyes, sin comentarios, pero como quien cita a una autoridad (*Obras* 489). Quizá (como en esas "divisiones del trabajo" o repartos de papeles que se dan entre los miembros de una generación o de una familia) le decía mentalmente: tú serás el que ha leído todo, el que ha viajado y conquistado el mundo, el culto, el ensayista, el prosista, pero el poeta soy yo.

Tampoco Reyes admiró al poeta López Velarde. Al celebrarse los veinte años de su muerte (1941), declara no entender qué le veían: "arte aldeano y arte complicado, y en quien hoy la joven crítica busca muchos secretos, conquistó la fama de una vez con una sola poesía: *La suave Patria*" (*Obras* XII 269). Al celebrarse los treinta (1951), declara que murió oportunamente: "Vida corta. ¿Malograda? Hay también una Providencia poética. Tal vez haya destinos a los que conviene la indecisión, el acre sabor de la juventud. Tal vez..." (Obras XXIII 154)

López Velarde no existía para Reyes, para Pedro Henríquez Ureña, ni para el mundo cultural que barajaban en su *Correspondencia de 1907 - 1914*. Los índices y las notas, en la admirable edición de José Luis Martínez, son un inmenso directorio, donde López Velarde no figura más que como nota al pie del editor. (Tampoco López Velarde cita para nada a Henríquez Ureña, aunque sí a Reyes y a muchos otros ateneístas). Cuando Henríquez Ureña (carta del 29 X 13) reconstruye la sucesión de poetas dominantes (el primer Díaz Mirón, de 1885 a 1890; Gutiérrez Nájera, entre 1890 y 1900; el Díaz Mirón de *Lascas*, después de su muerte; Urbina hacia 1910; ahora estamos en la moda de González Martínez), se pregunta: "¿Cuando acabe González Martínez, quién podrá entrar? Acevedo piensa que volverá Urbina. No hay nuevo poeta."

Seguramente a Reyes le dolió que Henríquez no lo viera como el posible sucesor (omisión reparada ocho meses después: "tú debes ser quien sustituya a González Martínez" 6 VIII 14). Seguramente nunca se consoló de lo que entonces ninguno de los dos se imaginaba: que un tal López, un perfecto desconocido de su edad (un año mayor que Reyes, cuatro menor que Henríquez), fuera el sucesor. Todavía en 1916, cuando Julio Torri escribe una brevísima reseña de *La sangre devota* en el único número de *La Nave*, diciendo que "López Velarde es nuestro poeta de mañana, como lo es González Martínez de hoy" (lo cual seguramente le pareció excesivo a González Martínez), Henríquez Ureña lo regaña: "Este señor López Velarde, ¿es realmente el poeta de mañana? Lo que he leído de él no me parece bastante personal: hallo que recuerda a otros, y además de esto, no tiene gusto depurado. ¿Por qué no haces que me mande su libro? Quiero conocerlo." (Serge I. Zaitzeff, "Otras cartas inéditas de Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri", *Sábado*, principios de 1985). Es decir: ¿por qué no haces que solicite mi aprobación?

La autoridad de Pedro Henríquez Ureña era tan grande que bastó esa reconvención para intimidar a Torri. Le contesta: "tus apreciaciones sobre el único número de *La Nave*, justísimas, hasta en pormenores (como los versos —tributo al momento histórico, la inexactitud crítica sobre el pseudo - poeta de mañana, etc.). Por supuesto que cada uno de nosotros confesó, al leer tu carta, que sólo en vista de tu opinión había

trabajado." (23 VIII 16, en Serge I. Zaitzeff, *El arte de Julio Torri*, Oasis, 1983, p. 134). No sólo eso, cambia de posición por el resto de su vida, como lo ha señalado Marco Antonio Campos ("Ramón López Velarde visto por Julio Torri", *Periódico de Poesía 3*, IX - X 87; aunque atribuye a falta de gusto literario lo que más bien parece concesión a sus amigos Pedro y Alfonso, sobre todo Alfonso, que fue el perdedor). Cuando López Velarde ataca a Reyes, Torri le manifiesta su adhesión: "¿Leíste una nota de López Velarde? Acertijos, notas chirriantes, como buen lugareño autodidacto." "Sí leí la notita de López Velarde. Tanto él, como un amable anémico de *El Universal*, como Teja Zabre en *El Demócrata* (yo creí que era más amigo 'tuyo') quieren darme a entender que han vivido más que yo: no los envidio. Y les quedo agradecido, naturalmente." (JT 26 XII 20, AR 30 I 21, en Julio Torri, *Diálogo de los libros*, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 232, 234).

Hay que imaginar los sentimientos de Reyes: sus íntimos y queridísimos amigos Pedro y Julio no lo ven como heredero de la corona de González Martínez; Julio se la entrega a López Velarde; y, para acabar, López Velarde lo expulsa del parnaso ¡en la revista del *Establishment*! Sus grandes amigos, en vez de cuidarle el trono, mientras pasa las penas del exilio, dejan entrar a un advenedizo, que ni siquiera fue miembro del Ateneo. Años después, Henríquez Ureña admite el hecho consumado: "En 1922, la influencia de González Martínez cedía ante la de Ramón López Velarde", "tras él ha ido buena parte de la legión juvenil" (*Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 327, 616).

La mala suerte política de López Velarde terminó el día de su muerte. Unas horas después, le hizo justicia la Revolución. Al general Obregón, que hizo versos y tenía una capacidad legendaria para repetir de memoria versos que había escuchado una sola vez (y que acababa de tirar al presidente Carranza, y así a su secretario de gobernación, y así a López Velarde) le dio por consagrarlo. Cuenta Djed Bórquez (en el prólogo de *El son del corazón*):

> Esa mañana, al leer la noticia, voy a Chapultepec. Acompaño al general Obregón (Presidente de la República) en su paseo matinal por el bosque.
>
> —Ha muerto un gran poeta —le digo. Y le cuento de Ramón y le recito sus versos, que impresionan al poeta que existía en Obregón.
>
> Al mediodía, en la Universidad, Vasconcelos llega alborozado:
>
> —¡Qué gran presidente tenemos! —dice. Acabo de hablarle de López Velarde y me recitó sus versos.
>
> —Hágale suntuoso entierro, por cuenta del gobierno había ordenado el invencible Manco.
>
> Ante la alegría del Rector, yo sólo recordé las poesías lópez - velardescas que acababa de recitar y la formidable memoria del general Obregón.

Esa consagración política trasmutó en gloria nacional el reconocimiento de tres generaciones literarias: primero de Tablada, en 1914 (la generación modernista); luego de Torri, en 1916 (los ateneístas); finalmente de Villaurrutia, Novo, Gorostiza, Pellicer, en el último año de su vida (los futuros Contemporáneos). Cuando Reyes dice: "conquistó la fama de una vez con una sola poesía", calla discretamente la importancia que tuvo la recepción no literaria de esa "poesía", publicada por el joven poeta precisamente en los días de su muerte, y en *El Maestro* (la gran revista de la cultura oficial), y con la resonancia del "suntuoso entierro" y el luto de tres días en las cámaras legislativas. López Velarde se volvió un niño héroe del arte nacional, caído en el combate desde las cimas de Chapultepec, envuelto en "La suave Patria".

El poema gustó muchísimo. Además de sus méritos literarios, era un gran mural patrio, pictórico, histórico, con mensaje y toda la cosa. Quizá fue el modelo literario para el muralismo que Vasconcelos le encargó a Diego Rivera, que llegó de Europa unos días después. (En apoyo de esta tesis, Andrés Henestrosa me dice que él ha pensado lo mismo de la *Visión de Anáhuac*, y que Vasconcelos le dijo de Rivera: llegó pintando a la europea, hasta que me hizo caso y abrió los ojos al mundo mexicano). El "muralismo nacionalista" puede remontarse a la poesía del siglo XVI: a Terrazas, Salazar, de la Cueva, Saavedra, Pérez de Villagrá, Balbuena y tantos otros que celebraron el Nuevo Mundo. Pero los "murales" de Reyes (1917) y de López Velarde (1921) parecen antecedentes literarios inmediatos de la inspiración de Vasconcelos: encargar murales que celebren el Nuevo Mundo de la Revolución Mexicana. En términos puramente literarios, "La suave Patria" era volver a Othón y a la gran tradición del paisaje; pero, en términos de la cultura oficial, era la oportunidad de una doble legitimación: la búsqueda nacional emprendida por la Revolución se eleva a las alturas del gran arte en los murales literarios y pictóricos; a su vez, la Revolución consagra a sus grandes artistas: López Velarde, Diego Rivera. (Aunque, en esta función, el verdadero antecedente es el porfiriato cultural: Justo Sierra llamó a los pintores para decorar los muros del anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, con el tema "la evolución humana". Díaz y de Ovando, II, p. 584; *El Imparcial* 15 X 10).

En 1910, Porfirio Díaz y Justo Sierra festejaron el Centenario de la Independencia (la proclamación), trajeron invitados internacionales, convocaron a un congreso de estudiantes y "fundaron" la Universidad Nacional; pero les faltó un gran poeta que muriera oportunamente, y no tuvieron tiempo de encargarle a Rivera, recién llegado de Europa, los murales del Anfiteatro: apenas hubo tiempo de montarle uan exposición en la Academia de San Carlos, inaugurada por la mujer de don Porfirio, el mismísimo 20 noviembre (como lo ha recordado Octavio Paz, *Los privilegios de la vista*, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 244). En 1921, Álvaro Obregón y José Vasconcelos festejaron el Centenario de la Independencia (la consumación), trajeron invitados internacionales, convocaron a un congreso de estudiantes y "fundaron" la Secretaría de Educación Pública; pero además trajeron a Rivera (que se había vuelto a Europa) para que pintara los murales del Anfiteatro, y se adornaron consagrando a López Velarde y "La suave Patria".

Toda la consagración de Reyes en España se esfumó ante la apoteosis del joven poeta muerto en olor de santidad poética y política en México. Para la cultura oficial, Reyes era un apestado, hijo de su padre y hermano de su hermano, que se fue del país con un nombramiento diplomático concedido por Huerta. (Olvidando, demasiado fácilmente, en ese mundo que acuñó la regla: "no se le dice No al presidente", que Huerta quiso retener a Reyes como su secretario particular, y se topó con el No). Para la cultura oficial, Reyes era un cosmopolita desarraigado, que procuró el reconocimiento

extranjero y se mantuvo a distancia de los recién llegados al poder cultural en México.

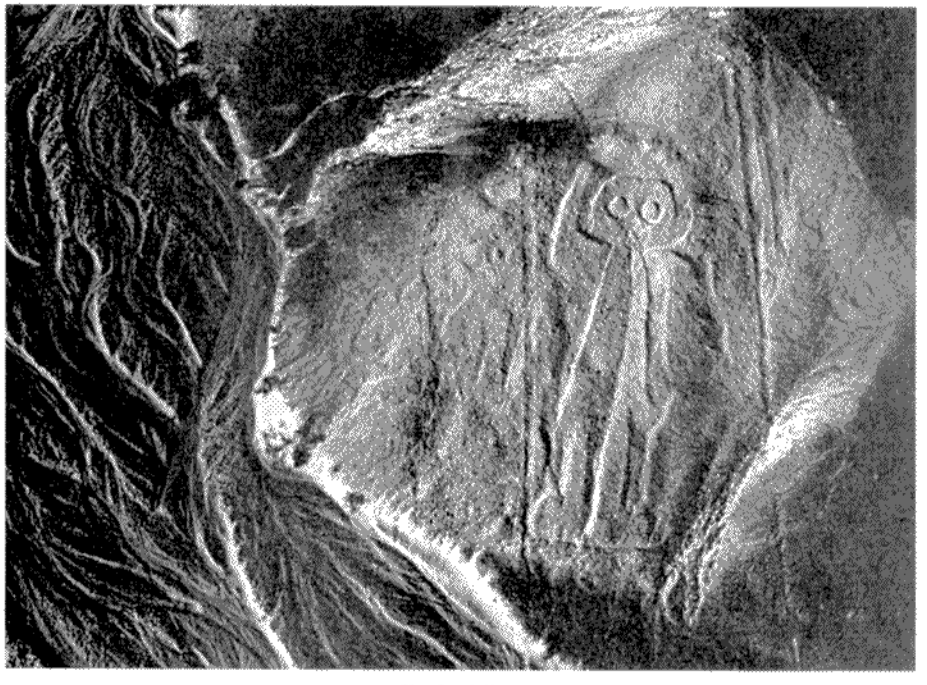
Seguramente, Reyes sintió que había perdido la corona por razones extraliterarias; como su padre había perdido la sucesión presidencial: injustamente, porque eran los mejores para suceder a Díaz como presidente y a González Martínez como poeta laureado. Pero, a diferencia de su padre, no intentó hacerse justicia. Ni se sumó a la cargada revolucionaria, ni la combatió. Sus reservas fueron públicas, pero discretas. Tan discretas, que nadie las había señalado hasta que José Emilio Pacheco publicó una extraordinaria "Nota sobre una enemistad literaria: Reyes y López Velarde" (*Texto Crítico* 2, 1975, pp. 153 - 159).

Lo más sorprendente es una sátira cuya víctima es obvia (una vez que Pacheco la señala). En 1955, Reyes publicó en *Arbol de pólvora* (libro no reeditado, del que tal vez se arrepintió: se dijo que lo había retirado de circulación) una fantasía titulada (para que no haya dudas) "Venganza literaria" (*Obras completas* XXIII 278 - 279), donde llama a López Velarde: poeta de campanario. La venganza parece dirigida a una figura compuesta de varias, entre las cuales, si se quiere, puede verse, a un lópezvelardeano más que a López Velarde. Pero la ráfaga tiene una dirección muy clara:

> Yo, que sentía la necesidad de crear absurdos, lo alcancé por el cuello, lo enjerté en los poetas de campanario, y me puse a cosechar, en mi nuevo árbol evolutivo, primaveras almidonadas en faldas de percal y servilletas duras como cartones, del tiempo de Don Simón.
>
> Así, así me las pagarán todas ésos del Angelus, ésos del Toque de Queda, ésos de las muchachas de la retreta, ésos de las virtudes aldeanas, ésos del incienso de la parroquia, ésos de las tardes de la granja, las veladas de la quinta y hasta don Catrín el Calavera: poetas pepitos, poetas rotos, para decirlo a la mexicana. Traen raídos los traseros del alma y lo andan tapando como pueden, y dicen que es por meditabundos y por pasear manos a la espalda.
>
> Y los dejé convertidos en papel de moscas, olor de sin - sin, aguaflorida barata, mucílago y panal de América en dulzor de pegajosas pepitorias. ¡Fuchi!

Hay otra sátira en un pasaje de la "Breve visita a los infiernos" (*Obras* XXI 71), donde el duende Nalgolapio, que perseguía a los marihuanos Juan, José, Jesús y Francisco, "se manifestaba de pronto en chorros de agua caídos quién sabe de dónde, y que obligaban al poeta López Velarde a abrir el paraguas y a escapar de la nefanda compañía rezando el Padrenuestro".

La muerte prematura de López Velarde consumó su incorporación al *Establishment*, iniciada en 1914. También dejó el campo libre para que, muy tardíamente, Reyes alcanzara su merecida coronación. Pero lo importante, que no es la Rotonda de los Hombres Ilustres, se quedó en el tintero. Los dos mejores poetas de su generación, las dos mitades herederas de Gutiérrez Nájera, un católico abierto a la tradición liberal y un liberal abierto a los sentimientos religiosos, nunca se entendieron.



Hombre búho